

CACHO VIU, Vicente: *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, 222 pp.

Lamentablemente esta obra que presentamos no es otra que el libro que el profesor Cacho Viu (Madrid, 1929-1997) estaba preparando poco antes de morir. Con su desaparición, hemos perdido un autor que ocupaba un lugar privilegiado en la historiografía de la tradición liberal española. En su momento, su estudio sobre la Institución Libre de Enseñanza (Madrid, 1962) marcó un positivo punto de inflexión que favoreció la lenta recuperación de una memoria histórica que había sido distorsionada —cuando no secuestrada— por la cultura oficial. Persona afable —quien suscribe estas líneas tuvo la oportunidad de tratarlo en el Ateneo Barcelonés—, espíritu tolerante que se preocupó por la génesis y evolución del nacionalismo catalán, Cacho Viu cultivó —quizá como nadie en España— el difícil género de la historia intelectual. Y lo hizo de una manera rigurosa que le llevó a «distanciarse del despropósito radiofónico y televisivo al uso» —según expresa José Varela Ortega en el prólogo—, estableciendo puentes entre la historia y el pensamiento al conferir a la evolución de las ideas un tratamiento modélico y ejemplar. No hay duda de que su estilo —a medio camino entre la historia de las mentalidades y la filosofía— ha influido sobre toda una generación de historiadores que deseaban superar el positivismo histórico sin caer, empero, en una historiografía de signo idealista —que lo centra todo en la fuerza de las ideas— ni tampoco en una historia de carácter materialista que reduce el papel de las ideas a una simple función ideológica.

El libro —que reúne una serie de artículos publicados inicialmente en otros lugares pero que fueron revisados por el autor hasta pocos días antes de su fallecimiento— está dedicado a Soledad Ortega, en un gesto de amistad y reconocimiento. Cacho Viu se sintió a lo largo de su vida —truncada en las postrimerías de 1997— comprometido con la tradición de una

España liberal que tuvo en Francisco Giner de los Ríos y José Ortega y Gasset a sus dos más egregios representantes. De alguna manera, la filosofía orteguiana no es más que la consecuencia lógica del institucionismo gineriano, ya que al decir de Cacho Viu don Francisco Giner de los Ríos acertó en su ancianidad a «ver en Ortega el continuador esencial, antes incluso que los discípulos inmediatos, de su empeño por implantar en España la moral de la ciencia como fundamento» (p. 53). Más allá de su capacidad investigadora, Cacho Viu deseaba potenciar un determinado tipo de hacer historia y, lo que es más destacado, una especial manera de fomentar la amistad para luchar contra el pesimismo y la insatisfacción que, por lo general, rodea todo cuanto tiene que ver con la idea de España. Actitud ciertamente admirable porque Vicente Cacho siempre se preocupó por establecer puentes de diálogo ya fuese entre la generación de 1898 y 1914, o bien entre España y Europa, sin olvidar las conexiones entre el centro —su Madrid querido— y la periferia, representada por una Barcelona donde profesó durante varios años y en la cual ha dejado un recuerdo imborrable. Su vocación liberal hizo que sus trabajos se impregnasen de una atmósfera que propiciaba la complicidad con el lector porque, a través del estudio de la historia, Cacho Viu deseaba intervenir en el curso futuro de España. En líneas generales, toda su producción historiográfica constituye una invitación a repensar una España democrática, tolerante y, profundamente, liberal que había de entroncar con una visión humanista, cristiana y occidental del mundo y de la historia surgida de la transformación del Antiguo Régimen.

Resulta lógico que Cacho Viu estuviese siempre rodeado de amigos y que, en consecuencia, la obra que ahora nos ocupa vaya precedida de un emotivo prólogo de José Varela Ortega y de una cálida introducción de Octavio Ruiz-Manjón. Pocos días antes de morir, el profesor Cacho solicitó la celebración de una sencilla ceremonia fúnebre en los jardines de la Fundación Ortega y Gasset, que tuvo lugar el 29 de

noviembre de 1997, y en la que —a petición suya— se interpretó el salmo XXII «el mismo con que se inauguró esta casa, con ocasión del funeral de Miss Gulick, la dama misionera protestante que había comprado la casa a los agustinos». Justamente las palabras pronunciadas por José Varela Ortega en aquel solemne acto han sido incluidas en la presente edición. De hecho, tanto José Varela como Octavio Ruiz-Manjón nos dan una visión personal e intimista de las últimas semanas de la vida de Cacho Viu que, siendo consciente del inmediato fin que le esperaba, mantuvo una dignidad personal e intelectual que engrandecen todavía más su personalidad.

En conjunto, estos estudios preliminares confieren una aproximación personal e intelectual a la obra de alguien que siempre se preocupó por el drama de España y sus proyectos de reforma. Para Cacho Viu la modernización de España constituía no sólo un área de estudio, sino también una verdadera pasión porque estaba convencido que la guerra civil entre las dos Españas —un Desastre aún mayor que el de 1898— no debía repetirse. De ahí su voluntad de recuperar la historia de la Institución Libre de Enseñanza, el pensamiento de intelectuales como Ortega y D'Ors que desarrollaron una auténtica «jefatura espiritual» en la España contemporánea, su deseo de profundizar en el nacionalismo catalán, en fin, su voluntad de analizar todos aquellos movimientos y personajes que, de una u otra forma, deseaban coadyuvar a la reforma y modernización de una España que necesitaba urgentemente la consolidación de una moral pública racional y científica que pusiese fin a la hegemonía de una moralidad de talante conservador.

No hay duda que uno de los aciertos del trabajo historiográfico de Cacho Viu fue el relacionar la historia intelectual de España con la europea, francesa y alemana principalmente. La España finisecular —la que asiste impávida al fracaso del 98— se asemeja a aquella Francia de 1870 que salía de la derrota de Sedán que sumió a los países latinos en una profunda crisis de conciencia que acabó por cuestionar —tal como hizo Edmundo Demoulin— en qué

consistía la superioridad de los anglosajones. De ahí la importancia de la literatura reformista de Ernest Renan —que miraba al Norte con el consiguiente desprecio hacia todo lo mediterráneo— que influyó de manera directa sobre nuestro José Ortega y Gasset —el *teenager* del Desastre de 1898— que Cacho presenta bajo la influencia de una cultura de matriz francesa que, más tarde, abandonó en beneficio del pensamiento alemán. En efecto, después de unos escauceos juveniles con Nietzsche, Ortega conecta con el neokantismo de Marburgo —donde residió desde octubre de 1906 hasta agosto de 1907— y en cuya universidad encontró a Paul Natorp, autor de aquella emblemática *Pedagogía Social* (1899) que enfatizaba el papel de la educación para forjar una idea de comunidad que acabase con la atomización de la sociedad moderna. Buena parte de los trabajos de María de Maetzu sólo se entienden desde la especial predilección orteguiana por la pedagogía social de Natorp que bebe en las fuentes de Lutero y Pestalozzi.

A la vista de las consideraciones de Cacho Viu, Ortega y Gasset —que ejerció una poderosa influencia en toda España, a excepción de Cataluña donde fue contrarrestado por Xenius— se perfila como el líder intergeneracional que asume muchos de los valores del institucionismo al enfatizar la dimensión salvífica de la pedagogía. En consecuencia, las similitudes entre el institucionismo y el movimiento orteguiano son obvias ya que ambas apelan, a través de la educación, a la reforma de las conciencias. Cacho insiste en que Ortega y Gasset «iba a recoger la herencia de la moral racional, científica, que la Institución Libre de Enseñanza no había podido imponer en la vida colectiva del país, y, junto con ese compromiso, asumir, antes de los treinta años, el liderazgo intergeneracional de la comunidad culta madrileña» (pp. 67-68). Se trataba —en última instancia— de formar un estado de opinión favorable a la definitiva modernización de España actuando a través de las elites, es decir, de unas minorías cultas intelectualmente bien preparadas —«aquí no es la cuestión imponer una minoría mejor, sino

crearla, porque no existe», escribe Ortega en 1922— y que tuviesen la capacidad de extender, desde arriba, una verdadera moral pública. El mito de la España del porvenir, sólo existente de modo germinal en el seno de una minoría, es una imagen que hizo fortuna. Tanto es así que para Cacho Viu las cosas están claras porque entre la opción de Costa —«necesitamos un hombre»— y la de don Francisco Giner de los Ríos —«necesitamos un pueblo»—, Ortega se decanta por la Institución Libre de Enseñanza, salvando así la continuidad de la tradición liberal española.

A fin de contribuir a esta tarea, Ortega recurrió no sólo a la docencia universitaria —desde 1910 era catedrático de Metafísica de la Universidad Central— sino también al publicismo periodístico-editorial (representado por la *Revista de Occidente*) y a las campañas políticas (por ejemplo, la Liga Educación Política creada en el otoño de 1913). Tampoco podemos olvidar que Ortega simpatizó con las corrientes socialistas que también concitaron la atención del núcleo liberal e institucionista que, paulatinamente, iban comprendiendo las necesidades y demandas de un obrerismo que —sobre todo en Madrid, ciudad de servicios— se alejaba de las soluciones radicales propugnadas por el anarcosindicalismo. Sea como fuere, la verdad es que la generación intelectual de 1914 —capitaneada por Ortega en Madrid y D'Ors en Barcelona— antepone los valores morales, intelectuales y pedagógicos a los político-sociales.

Sea como fuere, el protagonismo histórico de Ortega y Gasset no se entiende sin contraponerlo a otros intelectuales de la España contemporánea que, como Unamuno, se disputaban la dirección de las conciencias de la juventud española. En realidad, se perfilan dos caminos porque mientras Ortega opta por la ciencia Unamuno insiste en la importancia de la religión que, en su caso, adquiere connotaciones de una religiosidad trágica. En último término, Unamuno jamás se incorporó a la ciencia moderna con lo cual se cercenaban sus posibilidades de liderar un auténtico proyecto colectivo de cambio y reforma.

La diferencia entre ambos pensadores es importante ya que mientras Unamuno propugna una ciencia a la española, Ortega expone la necesidad de que haya ciencia «hecha por españoles». Estas diferentes perspectivas determinaron que Ortega se distanciase del magisterio unamuniano y que, en consecuencia, se acercase todavía más si cabe a la tradición gineriana con el deseo de fomentar una moral pública a través del cultivo de la ciencia, lo cual conferiría un papel primordial a la cultura y a la educación.

Con estas premisas, Cacho Viu destaca el papel de Giner de los Ríos en la creación de la Junta para Ampliación de Estudios (1907) que permitió que la generación intelectual de 1914 alcanzase unos niveles hasta entonces desconocidos en España. Así pues, la solución a los males de la patria no se remediarían hasta tanto el cultivo de la ciencia, la extensión de la educación y la difusión de la cultura no alcanzasen niveles semejantes a los de las naciones europeas más avanzadas. La fórmula —aunque paradójica— era bastante simple ya que concitaba el idealismo —al fin de cuentas el krausismo originalmente no era más que una versión del idealismo— con el positivismo. Se pretendía, pues, reunir la voluntad de cambio y mejora con el desarrollo que la ciencia había experimentado a lo largo del siglo XIX de la mano del positivismo. Con todo, la actitud gineriana no puede ser tildada de *cientificista* porque se trataba de una ciencia con conciencia, es decir, con valores y sentimientos más allá de los que se desprenden de la pura exaltación de la ciencia. De ahí la importancia de las empresas pedagógicas (Instituto-Escuela, la Residencia de Estudiantes, etc.) alentadas por la Institución Libre de Enseñanza que combinaba el gusto inglés por la vida colegial con la pasión germánica por el cultivo de la ciencia, con lo cual se evitaba caer en los errores del sistema universitario germánico ya denunciado por el propio Ortega. En cualquier caso, las relaciones entre Ortega y la Residencia fueron fluidas —tal como sucedió con Eugenio d'Ors— porque nuestro filósofo «nunca vio la Residencia como un factor aislado



en la transformación del país, sino como un punto de confluencia entre diversas corrientes modernizadoras» (p. 191). Por ello, no ha de sorprender que Ortega y Gasset se refugiase —en las amargas horas del otoño de 1936— en la residencia del Pinar que se hallaba bajo bandera inglesa. Fue entonces cuando los sueños y las alusiones de aquella España liberal que va de Giner de los Ríos a Ortega y Gasset cayeron como un castillo de naipes, tal como constataba Castillejo desde su forzado exilio inglés: «Las ideas liberales de Giner han sido desechadas, y no habrá lugar para ellas en tanto resuenen los ecos de la revolución o de la política totalitaria». No podemos acabar sin insistir de nuevo en la trascendencia de la aportación historiográfica de Vicente Cacho Viu —cuya bibliografía se incluye en este libro— que con un estilo propio tuvo el acierto de rastrear los caminos de una tradición liberal arraigada en España desde los tiempos de la Ilustración (Jovellanos) y que, a través de Francisco Giner de los Ríos y José Ortega y Gasset, ha pervivido durante los siglos XIX y XX.

CONRAD VILANOU

CANTÓN MAYO, I. y PRIETO SABRO, M.:  
*La Cátedra de Latín de Lois*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, 1999, 157 pp.

El tortuoso devenir de la educación ha dejado en la práctica experiencias insólitas, la mayoría de las cuales no las conoceremos nunca, por la dificultad de recopilación, por la falta de datos y por el implacable paso del tiempo con la imposición de la modernidad y la posmodernidad y sus consecuencias en el mundo educativo. Pero no siempre ocurre así: en el libro *La Cátedra de Latín de Lois* se hace una sólida reconstrucción histórico-didáctico-organizativo-social de las condiciones, del contexto y de las consecuencias que esta institución educativa tuvo para una provincia que tanto apreciaba la educación y que por

sus características geofísicas, sobre todo en la zona de montaña, tenía tanta dificultad para adquirirla.

La investigación realizada en este libro ha recibido el primer premio de investigación de la Fundación Carolina Rodríguez, ligada a la Universidad de León, fruto de una donación testamentaria de un hermano de la persona cuyo nombre lleva el premio. El trabajo realizado es admirable: por un lado rescata del olvido una singular institución educativa perdida en la montaña oriental leonesa, con una solera de dos siglos y la impronta de los colegios mayores universitarios, por otro la reconstruye y estudia con iguales dosis de rigor científico y pasión pedagógica. Esto ha sido posible gracias a la procedencia profesional de las autoras: una doctora en Ciencias de la Educación y una profesora de Latín.

El libro se abre con una jugosa cita de Luis Bello que hace referencia a la influencia de la educación en el desarrollo y profesionalización de las gentes rurales, para seguir con una contextualización la educación nacional en el momento en que se fraguaba el sistema educativo, el Ministerio de Educación y los planes de formación de maestros y los requisitos de los preceptores de latinidad (no se olvide que la Cátedra de Lois era en sus justos términos una preceptoría). La revisión referida a la provincia leonesa en la época evidencia las fuertes carencias y el alto índice de analfabetismo en la población española general y en la leonesa en particular.

La particular situación del pueblo de Lois, en la montaña nororiental leonesa, en un lugar muy bello pero de difícil acceso, con antecedentes de población prerromanos, y sede de casas linajudas como los Álvarez, Acevedo, Rodríguez, Castañón o Reyero. A una de estas casas perteneció el Fundador, Jerónimo Rodríguez Castañón, nacido en Lois y que tutelado por su hermano mayor se ordenó sacerdote y fue siete años colegial en San Ildefonso de Alcalá. Después fue párroco en diversos lugares y finalmente capellán de Reyes Nuevos en la catedral de Toledo. A su muerte dejó sus bienes para la fundación de una escuela de latinidad en su pueblo documentando en un Memorial los requisitos